

os habéis elevado hasta Dios por una caridad perfecta ; pues os ha hecho conocer mi nombre y mi carácter ; pero como el mérito no consiste en la dignidad, sino más bien en las virtudes de que uno tiene enriquecida el alma, os conjuro por el amor del Señor que vos misma me déis vuestra bendición y roguéis por mí, que mucho lo necesito. »

La solitaria juzgó que por respeto no se debía resistir más, y pronunció por fin estas palabras : « Sea para siempre bendito el Señor, quien con tanta bondad cuida de nuestros cuerpos y de nuestras almas. » Sozimo respondió *Amen* ; enseguida se levantaron, y la solitaria le dijo : « Os ruego me digáis ¿ porque habéis venido á esta pecadora ? ¿ porque habéis querido ver una mujer desprovista de toda virtud ? pero ya que Dios os ha conducido aquí para ejercer vuestra caridad conmigo con algún auxilio espiritual, os suplico me digáis en que estado se encuentra la religión cristiana en el mundo, y como es gobernada la Iglesia. » — « Gozamos, le respondió Sozimo, de una profunda paz por la gracia de Jesucristo, y no dudo, madre mia, que vuestras preces hácia él sirven mucho para conservárnosla. Os suplico, pues, que las continuéis, y que hagáis también por mí, á fin de que no haya venido inutilmente á este desierto. » — « Mas bien os toca á vos, replicó la solitaria, hacerlo por mí, pues por vuestro carácter de sacerdote debéis rogar por los otros como por vos mismo ; porque para esto fuisteis ordenado ; pero como estamos obligados á obedeceros, no faltaré en hacer lo que mandáis. »

Después de esta breve conversacion se alejó un poco para hacer oracion, y levantando las manos y los ojos al cielo, comenzó á orar vocalmente, pero tan bajo, que Zozimo nada podía oír : estaba aun todo estupefacto y no osaba levantar los ojos para considerarla, sino que los tenía clavados al suelo. Sin embargo después de haberse aguardado largo tiempo, probó de levantar los ojos para ver si había

concluido la oración, y la vió levantada un codo sobre la tierra. Al ver esto quedó horrorizado, y pensando en su alma que aquello podía ser muy bien algún prestigio del demonio, que tomaba la figura de una mujer y aparentaba orar, decía sin cesar en su interior : *Señor, tened piedad de mí.*

Mientras estaba en estas perplejidades, la solitaria finió su oración y fué á levantarle de tierra, en donde estaba postrado, diciéndole : « ¿ Porque, abad Zozimo, os dejáis arastrar por esa perturbación y por esos pensamientos de desconfianza? Yo no soy un espíritu fantástico, como vos pensáis ; yo tengo un cuerpo compuesto de carne y huesos ; yo soy una pecadora ; pero tuve la dicha de recibir el santo bautismo. » Diciendo esto hizo la señal de la cruz en su frente, en sus ojos, labios y pecho, y añadió : « Así, abad Zozimo, quiera el Señor libraruos de la malicia del demonio y de sus asechanzas con el auxilio y la fuerza de su gracia. »

Zozimo ya no dudó de que ella fuese una verdadera sierva de Dios ; se arrojó de nuevo á sus piés que abrazó conjurándole tuviera á bien decirle quien era, cual era su patria, en que tiempo había ido á aquel desierto, y que género de vida había llevado en él hasta entonces. Añadió muchas razones para obligarla á que nada le ocultara de su vida, representándole sobre todo no debía temer el hacerle saber las gracias con que Dios la había favorecido ; puesto que no sería esto para glorificarse en ello, sino para responder á los designios de Dios, quien no le hubiera dado á su edad la fuerza para ir tan lejos de su monasterio, si esto no hubiese sido para verla y para aprender de ella lo que tanto deseaba saber para su santificación.

No es el temor de la vanagloria, le respondió la solitaria ; lo que me detiene es que mi vida pasada me horroriza ; y pienso que si empiezo á detallarosla, bien lejos de exhor-

tarme á proseguir en ella, no podréis aguantarla, y huiréis de mí como se huye de una serpiente. » Zozimo no dejó de insistir, y ella le dijo : « Os obedeceré pues ; pero os ruego ante todo roguéis al Señor que yo halle gracia delante de él el día del juicio.

« Yo soy de Egipto, y sólo contaba doce años cuando, prefiriendo mi libertad al amor que debía á mis padres, me fuí á Alejandría. Me ruborizo cuando pienso en la vida que allí llevaba. Me entregué por espacio de diez y siete años á una vida de desórden.

« Cuando contaba veintinueve años, un día de verano ví mucha gente, tanto de Egipto como de la Libia, que se dirigía en masa hácia la orilla del mar. Pregunté el motivo de ello á uno, que me dijo que eran gentes que debían embarcarse para la Palestina é ir á celebrar en Jerusalén la grande fiesta de la Exaltación de la santa Cruz. Proyecté ir con ellos ; pero sin ningún pensamiento de fé, ni de arrepentimiento, sin renunciar á mi vida criminal ; y habiendo llegado á Jerusalén continué en el mismo desórden hasta el día de la fiesta. Me maravillo, o abad Zozimo, de que la mar no me tragara, y de que no cayera toda viva en los más profundos abismos del infierno ; pero Dios, que aguarda al pecador á penitencia con una paciencia digna de su bondad infinita, quiso conservarme la vida para darme tiempo de convertirme á él.

« Habiendo llegado el día de la fiesta, por la mañana ví que todo el mundo se iba á la iglesia para adorar la santa Cruz. Corrí á ella con los otros ; entré en la plaza que está delante del templo con mucha dificultad, estando apretada por todas partes por la muchedumbre. Llegué por fin á la puerta de la iglesia ; pero cuando quise entrar en ella, me sentí rechazada por una mano invisible. Yo veía que todo el mundo pasaba sin dificultad, siendo yo la única que fué impedida de ello. Parecía como si se hubiese colocado de-

lante de mí una columna de soldados para cerrarme el paso. Hice todos mis esfuerzos por tres ó cuatro veces, y cada vez me sentía igualmente rechazada hácia la plaza, sin que pudiese dar un paso hácia adelante cuando estaba sobre el umbral de la puerta. Me habia fatigado en esfuerzos, y estaba ya vencida por ellos. Así me quedé sola en la plaza, habiendo todo el mundo entrado en la iglesia, y teniendo la dicha de rendir homenaje á la vera Cruz.

« Entonces me retiré en un rincón llena de confusión y de despecho por ver que era la única privada de esta dicha, y empecé á pensar en mi misma cual podía ser la causa de ello ; pero no tuve más que echar los ojos sobre mis abominaciones para conocerla. El Señor entonces me abrió los ojos, y penetrando su gracia en mi corazón me puse á llorar, á afligirme y á golpear mi pecho. Mientras daba profundos suspiros teniendo el rostro cubierto con mis lágrimas, levanté la cabeza y ví que estaba bajo la imagen de la santísima Virgen. Me volví hácia esta divina Madre del Salvador dirigiéndole estas palabras : Virgen santa, mi soberana maestra, que tuvisteis la dicha de dar á luz al Verbo hecho carne, yo reconozco que siendo una criatura tan impura como soy, no soy digna de mirar vuestra imagen, vos que toda vuestra vida habéis sido la más pura y la más casta de todas las vírgenes ; más bien merezco que tengáis horror de mí y que me desechéis como un objeto abominable á vuestros ojos. Pero ya que vuestro adorable Hijo vino al mundo para llamar á los pecadores á la penitencia, os suplico que no me abandonéis y que me socorráis en el estado de desolación en que me hallo ; obtenedme la gracia de entrar en la iglesia y adorar en ella el precioso leño sobre el cual vuestro divino Hijo quiso derramar su sangre para nuestra redención. Dignaos ser mi caución para con él, haciendo que me conceda este favor ; yo os prometo no recaer más en mis crímenes, y que cuando

tendré la dicha de ver la santa Cruz, renunciaré para siempre al mundo, é iré donde me inspiréis para hácer penitencia ; pues vos tendréis á bien servirme de mediatriz para con vuestro Hijo á fin de salvar mi alma.

« Llena de estos sentimientos, y sintiéndome animada de una viva fé, como de una seguridad que la santísima Virgen me daba de que esta gracia no me sería negada, me levanté, atravesé la plaza sin obstáculo alguno, y me aproximé al templo. En este momento fuí cogida de un horror santo y temblé ; pero cuando estuve sobre el umbral de la puerta, bien lejos de ser echada de él como antes, me pareció que la mano que me habia rechazado, ella misma me introducía. Entré sin la menor dificultad, y tuve la dicha de ver la santa Cruz como los otros. Me postré dando con el rostro al suelo, y contemplando la cruz del Salvador, admiré como recibe con tanta misericordia los pecadores penitentes y convertidos.

« Volví al lugar donde estaba la imagen de la santísima Virgen, y postrada de nuevo á sus piés le dije con todo mi corazón : Oh mi misericordiosa maestra, vos no habéis desechado la humilde oración de esta indigna pecadora ; al contrario, me habéis hecho experimentar eficazmente los efectos de vuestra clemencia y de vuestra compasión para el estado deplorable de mi alma. He visto ese leño sagrado del cual son indignas las almas impuras ; sea por ello loado el Señor, quien se ha dignado por vuestra mediación recibir propicio mi penitencia. ¿ Qué os diré yo, miserable pecadora como soy, y cuáles deben ser mis sentimientos por un beneficio tan grande ? Es tiempo de cumplir la promesa que os he hecho, ya que tuvisteis á bien responder por mí ; hacedme conocer el lugar donde queréis que me retire ; sed mi directora en la obra de mi salud, y conducidme como por la mano en el camino de la penitencia.

« Entonces oí una voz que allá á lo lejos decía : *Si pasas*

*el Jordán, encontrarás el verdadero descanso.* Creí que se dirigía á mí; y dije á la santísima Virgen derramando muchas lágrimas: Mi buena maestra, os ruego que no me abandonéis. Al momento me apresuré á obedecer á este oráculo, y cierta persona me presentó tres piezas de moneda, con las cuales compré tres panes para mi provisión. Me informé del camino que conducía al Jordán, donde me dirigí con diligencia; de suerte que anduve lo restante del día continuando en derramar lágrimas, y llegué por fin á la iglesia de san Juan Bautista, próxima al Jordán, cuando el sol se ponía. Hice mi oración, y fui á lavarme el rostro y las manos en las aguas de este río, que fué santificado por la presencia del Salvador. Volví á la iglesia del santo Precursor, donde participé de los santos Misterios; comí después la mitad de uno de mis panes; pasé la noche echada al suelo, y á la mañana del día siguiente me serví de un pequeño falucho para atravesar el Jordán, rogando siempre á la santísima Virgen que me sirviera de guía en la dirección que debía tomar. Llegué, pues, á este desierto, y desde entonces siempre he vivido apartada de todas las criaturas, y en la esperanza de la misericordia del Señor, quien fortifica con su gracia á aquellos que sinceramente se convirtieron á él. »

Después que hubo hablado así, el abad Zozimo le preguntó cuanto tiempo hacía que estaba en el desierto, de que había vivido, y que penas había sufrido en él. « Hace, respondió, casi cuarentisiete años que salí de Jerusalén para venir á esta soledad. Sólo me quedaban dos panes y medio cuando pasé el Jordán, que comí poco á poco. Después me he nutrido de las yerbas que he encontrado. Pero en cuanto á las penas y combates que tuve que sostener, duraron diecisiete años, y fueron tan grandes, que no puedo pensar en ellos sin temblar de horror. Por una parte, sufría en extremo por el hambre y la sed, lo que me hacía

acordar del vino que bebía con exceso en el tiempo de mi vida disoluta, y me era un gran objeto de tentación. El demonio me representaba las malas canciones que entonces canté, y todos los objetos seductores que habían sido para mí una raíz de tantos crímenes, como si hubiesen estado presentes. En fin, mi espíritu, mi corazón, mi cuerpo, estaban perpetuamente agitados por tentaciones tan excesivas, que no podían serlo más. Por otra parte, estando mis hábitos enteramente destrozados y no teniendo ya nada con que cubrirme, me hallé expuesta á todas las injurias del tiempo y á todos los rigores de las estaciones. Tan pronto me hallaba abasada por los ardores del sol, como cogida por un frío tan intenso, que caía por tierra temblando de pies á cabeza y casi á punto de morir; lo que aún aumentaba la violencia de mis diferentes tentaciones.

« En estos estados tan penosos, la santísima Virgen era mi recurso y mi refugio. Yo lloraba amargamente; golpeaba mi pecho; me posternaba contra la tierra; me arrepentía como si estuviera delante de su imágen donde la había invocado la primera vez, y supliqué á esta divina Madre que me asistiera con su mediación cerca de Dios. Le decía que habiendo tenido á bien hacerse mi caución para con su divino Hijo y servirme de medianera, le rogaba continuase en protegerme contra los enemigos de mi alma y contra mis pasiones, y que no me abandonase. Ella me hizo experimentar más de una vez de una manera sensible su poderosa protección; pues después de haberle rogado con muchas lágrimas en lo recio de la tentación, me hallaba como rodeada de una luz celestial que me cubría y tranquilizaba; de suerte que me levantaba de la tierra en que estaba posternada con una nueva fuerza y una nueva confianza. Así, durante esos diecisiete años sufrí en extremo por el hambre, la sed, el calor, el frío, y de parte del demonio extraordinarias tentaciones; y la santísima Virgen

cuyo auxilio imploraba sin cesar, siempre me sostuvo, me protegió y fortificó por sus súplicas cerca de Dios, y me condujo como por la mano en mi penitencia, entre tantos enemigos que querían perder mi alma, y entre la multitud de peligros á que de continuo me hallaba expuesta. »

« Pero, replicó Zozimo, ¿ como habéis vivido después de esos diecisiete años ? » — « El Señor, respondió ella, ha sostenido mi alma pecadora y este miserable cuerpo con la fuerza de su gracia ; y siempre que me acuerdo de la multitud de males de que me ha librado, la esperanza que unas pruebas tan sensibles me dan de llegar un dia al puerto de la salud, es para mí como un alimento delicioso, y su divina palabra me nutre y me cubre á manera de un vestido sagrado ; pues el hombre no vive solamente de pan, y la palabra del Señor sirve de nutrición á los que la gustan, y de un vestido tan duradero como la piedra á aquellos que se despojaron del pecado por una verdadera conversión. »

San Zozimo oyéndole citar estas palabras de la Escritura Santa, le preguntó si la había leído. La solitaria se sonrió dulcemente, y le confesó que no solamente no la había leído nunca, sino que durante los cuarentisiete años que había estado en este desierto á nadie más que á él había visto ni siquiera á bestia alguna salvaje ; que jamás había aprendido á leer, ni oído leer á nadie, ni cantar los Salmos ; sino que sola la voz de Dios que se hacía oír en su corazón la había instruido. « Ahí tenéis lo suficiente, añadió, sobre aquello que deséais saber de mí. Sólo lo he hecho para incitaros á rogar á Dios por esta pecadora, y os lo suplico por el amor de Nuestro Señor, quien quiso encarnarse por nosotros. » Al mismo tiempo se postró para recibir su bendición, y Zozimo levantando la voz y derramando torrentes de lágrimas, dijo : « Bendito sea el Señor que obra tan grandes maravillas. Bendito sea aquel que hace prodigios tan asombrosos y en tan gran número, y que merecen ser



Tom. 3.

Arms. Agnes

St. Zozime

San Zozimo

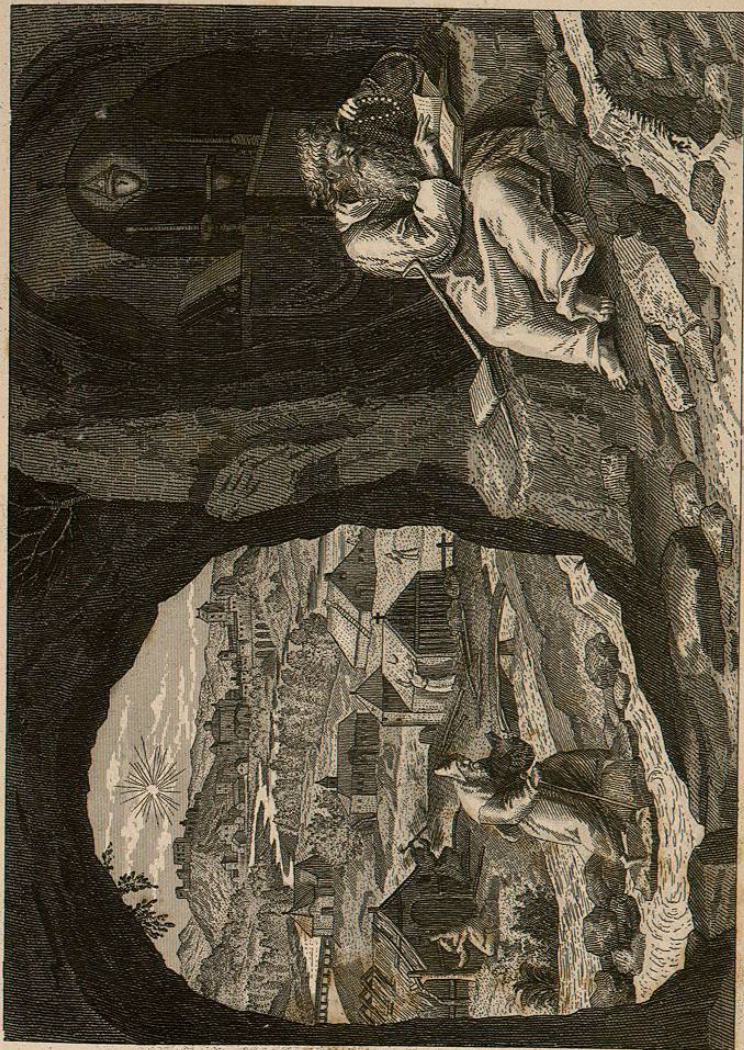
Imp. Ch. Lottin, à Paris.

este auxilio imploraba sin cesar, siempre me sostuvo, me protegió y fortificó por sus súplicas cerca de Dios, y me condujo como por la mano en mi penitencia, entre tantos enemigos que querían perder mi alma, y entre la multitud de peligros á que de continuo me hallaba expuesta. »

« Pero, replicó Zozimo, ¿ como habéis vivido después de esos diecisiete años ? » — « El Señor, respondió ella, ha sostenido mi alma pecadora y este miserable cuerpo con la fuerza de su gracia ; y siempre que me acuerdo de la multitud de males de que me ha librado, la esperanza que unas pruebas tan sensibles me dan de llegar un dia al puerto de la salud, es para mí como un alimento delicioso, y su divina palabra me nutre y me cubre á manera de un vestido agrado ; pues el hombre no vive solamente de pan, y la palabra del Señor sirve de nutrición á los que la gustar, y es un vestido tan duradero como la piedra á aquellos que se despojaron del pecado por una verdadera conversión. »

San Zozimo oyéndole citar estas palabras de la Escritura Santa, le preguntó si la había leído. La religiosa se sonrió dulcemente, y la contestó que no solamente no la había leído nunca, sino que durante los cuarentisiete años que había estado en este desierto á nadie más que á él había visto ni siquiera á bestia alguna salvaje ; que jamás había aprendido á leer, ni oído leer á nadie, ni cantar los Salmos ; sino que sola la voz de Dios que se hacía oír en su corazón la habla instruido. « Ahí tenéis lo suficiente, añadió, sobre aquello que deséais saber de mí. Sólo lo he hecho para incitaros á rogar á Dios por esta pecadora, y os lo suplico por el amor de Nuestro Señor, quien quiso encarnarse por nosotros. » Al mismo tiempo se postró para recibir su bendición, y Zozimo levantando la voz y derramando torrentes de lágrimas, dijo : « Bendito sea el Señor que obra tan grandes maravillas. Bendito sea aquel que hace prodigios tan asombrosos y en tan gran número, y que merecen ser

Tome 3.



St. Euthyme.

San Eutimio.